

bro del Estado. ¿Y qué es ser miembro del Estado? ¿Lo sabéis? Habéis estudiado vuestras obligaciones de hombre, pero ¿conocéis las de ciudadano? ¿Sabéis qué cosa es gobierno, leyes, patria? ¿Sabéis a qué precios es lícito vivir, y por quién debéis morir? Creéis que todo lo habéis aprendido, y nada sabéis aún. Antes de tomar asiento en el orden civil, aprended a conocerle y a saber qué puesto os pertenece en él.

»Emilio, es preciso dejar a Sofía: no digo abandonarla; si de ello fuerais capaz, mucha dicha fuera la suya en no casarse con vos: es preciso dejarla para volver digno de ella. No seáis tan vano que creáis haberla merecido ya. ¡Oh, cuánto os falta que hacer! Venid a desempeñar esta noble tarea; venid a aprender a sufrir la ausencia; venid a ganar el premio de la fidelidad, para que de vuelta podáis honraros con alguna cosa junto a ella, y pedir su mano, no como una gracia, sino como una recompensa».

Todavía bisoño en lidiar contra sí propio, inexper-to aun en desear una cosa y querer otra, no se rinde el joven, resiste diciendo: «¿Por qué he de rehusar la felicidad que me espera? ¿No fuera desdeñar la mano con que me brindan, tardar en aceptarla? ¿Qué necesidad hay de apartarme de ella para saber lo que la debo? Y aun cuando así fuese necesario, ¿por qué no dejarla en indisolubles vínculos la prenda segura de mi vuelta? Siendo su esposo, estoy dispuesto a separarme de ella; unámonos, y la dejo sin temor...—¡Uniros para dejaros, querido Emilio, qué contradicción! Cosa hermosa es que pueda vivir un amante sin dama, pero un marido no debe dejar sin necesidad a su mujer. Veo que para sanar vuestros escrúpulos, han de ser involuntarias vuestras dilaciones: es menester que podáis decir a Sofía que la dejáis contra vuestra voluntad. Bien está, satisfaceros, y pues no obedecéis a la

razón, reconoced otro dueño. No habréis olvidado el empeño que conmigo tenéis contraído. Emilio, es preciso dejar a Sofía; yo lo mando».

A estas palabras baja la cabeza, calla, está pensativo un rato y, mirándose luego con entereza, me dice: «¿Cuándo nos vamos?—Dentro de ocho días, le respondo; es preciso disponer a Sofía para esta partida. A las mujeres se les deben más contemplaciones, y como esta ausencia no es para ella una obligación como lo es para vos, la es lícito sufrirla con menos ánimo».

Tentado estoy de prolongar hasta la separación de mis dos jóvenes el diario de sus amores; pero hace mucho tiempo que abuso de la indulgencia de mis lectores: acortemos para acabar alguna vez. ¿Se atreverá Emilio a tener a los pies de su amada la misma entereza que acaba de manifestar a su amigo? Yo así lo creo; de la misma verdad de su amor debe sacar esta entereza. Más confuso estuviera en su presencia si le fuese menos costoso el dejarla; la dejara como culpado, y este papel siempre es arduo para un corazón honrado: cuanto más le cuesta el sacrificio, más se honra con él a los ojos de la que tan penoso se le hace. No teme que su amada equivoque el motivo que le determina, y parece que con cada mirada le diga: ¡Sofía, lee dentro de mi pecho y sé fiel; tu amante no es un hombre sin virtud!

Por su parte, la altiva Sofía procura sufrir con dignidad este imprevisto golpe. Se esfuerza en mostrar una aparente insensibilidad; pero no teniendo, como Emilio, la honra de lidiar y vencer, sostiene menos su entereza. Lloro, gime a su despecho, y el temor de ser olvidada hace más acerbo el dolor de la separación. No llora delante de su amante, no le muestra sus temores, antes se ahogaría que dejar se le escapara un suspiro en su presencia; yo, a quien afecta tener por

confidente, soy el que escucha sus querellas y ve sus lágrimas. Las mujeres son astutas y se saben disfrazar: cuanto más murmura en su interior contra mi tiranía, más se esmera en acariciarme, pues conoce que su destino está en mis manos.

La consuelo, la tranquilizo, la respondo de su amante, o más bien de su esposo, porque si ella le conserva la misma fidelidad que él ha de conservar, la juro que lo será dentro de dos años. Me estima lo bastante para creer que no quiero engañarla. Soy el fiador de cada uno de ellos para con el otro. Sus corazones, su virtud, mi probidad, la confianza de sus padres, todo los anima. ¿Pero qué vale la razón contra la debilidad? Se separan como si no hubieran de volver a verse.

Entonces sí que acordándose Sofía del sentimiento de Eucaris, cree que realmente se encuentra en su lugar. No dejemos durante la ausencia despertarse estos fantásticos amores. «Sofía, le digo un día, haced con Emilio un cambio de libros. Dadle vuestro Telémaco para que aprenda a parecersele, y él os dará el Espectador, cuya lectura os gusta. Estudiad en él las obligaciones de las esposas honestas, pues dentro de dos años estas obligaciones van a ser las vuestras». Este cambio a entrambos agrada, y les inspira confianza. Por fin llega el día fatal; es fuerza separarse.

El digno padre de Sofía, con quien todo lo he concertado, me abraza al recibir mi despedida: llevándome luego aparte, me dice con tono grave y acento expresivo las siguientes palabras: «Yo he hecho cuanto habéis querido por daros gusto; sabía que trataba con un hombre de honor: una palabra sola me queda que deciros. Acordaos de que vuestro alumno ha firmado en la boca de mi hija su contrato de matrimonio».

¡Qué diferente aspecto el de ambos amantes! Emilio

impetuoso, ardiente, agitado, fuera de sí, da gritos, vierte raudales de lágrimas en manos del padre, de la madre, de la hija; abraza con mil sollozos a toda la gente de casa, y mil veces repite unas mismas cosas con un desorden que en cualquiera otra ocasión hiciera reír. Sofía, mustia, descolorida, amortecidos los ojos, turbio el mirar, no habla, no llora, no ve a nadie, ni aun a Emilio. En vano él la coge las manos y la estrecha en sus brazos; permanece inmóvil, insensible a sus llantos, a sus halagos, a todo cuanto hace; para ella ya marchó. ¡Cuánto más entornece este modo que los importunos quejidos y el estrepitoso desconsuelo de su amante! Lo ve éste, lo siente y se le desgarran el corazón; me le llevo a la fuerza: si le dejo un instante más, no querrá partir. Celebro que se lleve impresa esta triste imagen. Si alguna vez le viene tentación de olvidarse de lo que debe a Sofía, recordándola del modo que la ha visto en el instante de su partida, muy enajenado ha de tener el corazón si a ella no le vuelvo.

DE LOS VIAJES

Pregúntase si es útil que viajen los jóvenes y se discute mucho sobre esta cuestión. Si de otro modo la propusieran, y preguntaran si es útil que hayan viajado los hombres, acaso no disputarían tanto.

El abuso de libros acaba con la ciencia. Creídos de que sabemos lo que hemos leído, nos juzgamos exentos de aprenderlo. La mucha lectura sólo sirve para hacer ignorantes presuntuosos. No ha habido siglo en que se haya leído tanto como en éste, y en que menos ciencia haya; entre todos los países de Europa no hay uno en que se impriman tantas historias, relaciones

y viajes como en Francia, ni ninguno donde menos se conozcan la índole y costumbres de las otras naciones. La multitud es causa de que descuidemos el libro del mundo, o si todavía leemos en él, ninguno sale de su página. Aun cuando no supiera yo el dicho, ¿es posible ser persa?, oyéndole repetir, habría adivinado que se dijo en el país donde más reinan las preocupaciones nacionales, y por el sexo que más las propaga.

Un parisiense cree conocer a los hombres y sólo conoce a los franceses; en su capital, llena siempre de extranjeros, mira a cada uno de éstos como un fenómeno extraordinario que no tiene igual en lo restante del Universo. Es necesario haber visto de cerca a los vecinos de este vasto pueblo y haber vivido con ellos para creer que con tanta viveza puedan los hombres ser tan estúpidos. Lo extraño es que cada uno de ellos ha leído diez veces acaso la descripción del país de que tanto se admira, cuando ve uno de sus habitantes.

Es demasiado tener que atravesar a la vez las preocupaciones de los autores y las nuestras para llegar a la verdad. He pasado mi vida leyendo relaciones de viajes, y nunca encontré dos que me hayan dado una misma idea del mismo pueblo. Comparando lo poco que podía observar con lo que había leído, he acabado por dejar á los viajeros, y sentir el tiempo que había gastado en su inútil lectura, convencido de que en punto a observaciones de cualquier género, no se ha de leer, sino que se ha de ver. Esto sería cierto en esta ocasión, aun cuando fuesen sinceros todos los viajeros, o únicamente dijesen lo que han visto y lo que creen, y sólo disfrazasen los falsos colores que a sus ojos toma la verdad. Pues, ¿qué será cuando también es preciso distinguirla por entre su mala fe y sus mentiras?

Dejemos, pues, el recurso de los libros a los que son capaces de contentarse con él. Es bueno, como el *Arte magna*, de Raimundo Lulio, para aprender a charlar de lo que no se entiende, o para adiestrar Platones de quince años que filosofen en las concurrencias e instruyan a una tertulia en los usos del Egipto y las Indias, a crédito de Pablo Lucas o de Tavernier.

Tengo por máxima indiscutible, que aquél que sólo ha visto un pueblo, en vez de conocer a los hombres, solamente conoce las gentes entre quienes ha vivido. Éste es otro modo de sentar la cuestión de los viajes. ¿Basta con que un hombre bien educado solamente conozca a sus compatriotas, o le importa conocer a los hombres en general? Aquí ya no queda disputa ni duda. Véase cuánto pende a veces la solución de una cuestión ardua del modo de presentarla.

Mas, para estudiar a los hombres, ¿ha de recorrerse toda la tierra? ¿Es menester ir al Japón para observar a los europeos? Para conocer la especie, ¿es preciso conocer a todos los individuos? No; pues hay hombres tan parecidos, que no merecen la pena de estudiarlos separadamente. Quien ha visto diez franceses, los tiene vistos todos. Aunque no pueda decirse lo mismo de los ingleses, ni de otras naciones, es cierto, sin embargo, que cada nación tiene su carácter peculiar y especial, que se saca por inducción, no de la observación de uno solo de sus miembros, sino de muchos. El que ha comparado diez pueblos, conoce a los hombres, como el que ha visto diez franceses conoce a los franceses.

Para instruirse no basta correr países, se necesita saber viajar. Para observar, es preciso tener ojos y dirigirlos hacia el objeto que se quiere conocer. Hay muchas gentes a quienes todavía instruyen menos los

viajes que los libros, porque, ignorando el arte de pensar, en la lectura al menos guía su espíritu el autor, y en sus viajes nada saben ver por sí mismos. Otros no se instruyen, porque no quieren instruirse. Tan distinto objeto llevan, que éste les hace muy poca impresión, y es mucha casualidad que veamos con exactitud lo que no nos cuidamos de mirar. De todos los pueblos del mundo, el francés es el que más viaja, pero, lleno de sus costumbres, confunde todo lo que no es parecido a ellos. Franceses hay en todos los rincones del Universo. En ningún país se encuentran más personas que hayan viajado que en Francia, y con todo eso el pueblo de Europa que más corre por los otros, es el que menos los conoce.

También viaja el inglés, pero de otro modo: es fuerza que en todo sean contrarios estos dos pueblos. La nobleza inglesa viaja, la francesa no; la plebe francesa viaja, y la inglesa no. Esta diferencia me parece honrosa para los últimos. Los franceses casi siempre llevan alguna idea de interés en sus viajes, los ingleses no van a buscar fortuna en las otras naciones, sino es por el comercio y con las manos llenas; cuando viajan es para gastar su dinero y no para vivir con su industria; son muy soberbios para ir a arrastrarse fuera de su país. También esto es causa de que en país extranjero se instruyan mejor que los franceses que llevan otras ideas en la cabeza. Sin embargo, también tienen sus preocupaciones nacionales los ingleses, y tal vez más que ningún otro país, pero sus preocupaciones son hijas de la pasión, no de la ignorancia. El inglés tiene las preocupaciones de la soberbia, y el francés las de la vanidad.

Como los pueblos menos cultivados son, por regla general, los más cuerdos, los que menos viajan, viajan mejor, porque como están menos adelantados que

nosotros en nuestras frívolas investigaciones, y menos ocupados en los objetos de nuestra vana curiosidad, ponen toda su atención en lo que verdaderamente es útil. No conozco más que los españoles que de esta manera viajen. Mientras que corre un francés en casa de los artistas de un país, que hace un inglés dibujar alguna antigüedad, y que lleva un alemán su álbum a casa de todos los sabios, el español estudia en silencio el gobierno, las costumbres, la policía, y es el único de los cuatro que saca del viaje observaciones útiles para su patria.

Los antiguos viajaban poco, leían poco, componían pocos libros, y vemos, no obstante, en los que de ellos nos quedan, que se observan mejor unos a otros que nosotros observamos a nuestros contemporáneos. Sin remontarnos hasta los escritos de Homero, el único poeta que nos traslada a los países que describe, no se le puede negar a Herodoto el honor de haber pintado las costumbres en su historia, aunque más esté escrita en narraciones que en reflexiones, mejor que lo hacen todos nuestros historiadores, atestando sus libros de retratos y caracteres. Tácito describió mejor a los germanos de su tiempo, que ningún escritor moderno ha descrito a los alemanes. Indisputablemente, los que están versados en la historia antigua conocen a los griegos, cartagineses, romanos, galos y persas, mejor que ningún pueblo de nuestro tiempo a sus comarcas.

También es necesario confesar que, borrándose de día en día los caracteres generales de los pueblos, se hace por la misma razón más difícil conocer el particular carácter de cada uno. Al paso que se mezclan las castas y se confunden los pueblos, vemos desaparecer poco a poco aquellas diferencias nacionales que antes se notaban a la primera ojeada. En los tiempos

antiguos, cada nación permanecía más encerrada dentro de sí misma, había menos comunicaciones, menos viajes, menos intereses comunes o contrarios, menos relaciones políticas y civiles de pueblo a pueblo, no tantos de esos enredos que llaman negociaciones, ni embajadores ordinarios o residentes perpetuos; las navegaciones dilatadas eran raras, había poco comercio remoto, y el poco que había, o le hacía el príncipe mismo, sirviéndose para ello de extranjeros, o le ejercían hombres despreciados, que no daban la ley a nadie, ni aproximaban entre sí las naciones. Cien veces más relación hay ahora entre Europa y Asia, que la que había antiguamente entre Galia y España: la Europa sola estaba más aislada que lo está hoy el globo entero.

Añádase a esto que, mirándose la mayor parte de los pueblos antiguos como autóctonos u oriundos de su propio país, le ocupaban tanto tiempo hacía que habían perdido la memoria de los siglos remotos en que se establecieron en ellos sus antepasados, y habían dejado tiempo al clima de que hiciese en ellos impresiones duraderas; pero entre nosotros, después de las invasiones de los romanos, las emigraciones, modernas de los bárbaros todo lo han mezclado y confundido. Ya no son los franceses de hoy aquellos vastos cuerpos blancos y rubios de tiempos antiguos; los griegos ya no son aquellos hombres hermosos formados para servir de modelo al arte; la figura de los romanos mismos ha variado de carácter, no menos que su índole; los persas, oriundos de la Tartaria, van perdiendo su primitiva fealdad con la mezcla de la sangre circasiana; ya no son los europeos ni galos, ni germanos, ni iberos, que son escitas que han degenerado de diversas maneras en la figura, y, aun más, en las costumbres.

He aquí por qué las antiguas distinciones de las castas, las calidades del aire y el terruño deslindaban, con mayor energía de la que hoy podemos emplear, las costumbres y los caracteres; pues la inconstancia europea no deja tiempo a ninguna causa natural para que produzca sus impresiones, y taladas las selvas, desecados los pantanos y cultivada la tierra con más uniformidad, aunque peor, no permiten ya, ni aun en lo físico, tan notables diferencias de terreno ni de país.

Quizá haciendo reflexiones de esta especie ridiculizaríamos menos a Herodoto, Ctesias y Plinio, por haber representado a los moradores de ciertos países con caracteres originales y diferencias muy marcadas, que ya no vemos en ellos. Sería preciso volver a hallar los mismos hombres para reconocer en ellos las mismas figuras, y que nada los hubiera hecho variar para que hubiesen permanecido los mismos. Si pudiésemos contemplar a un tiempo todas las personas que han existido, ¿hay la menor duda de que más diversos los encontraríamos de uno a otro siglo, que ahora de una a otra Nación?

Al mismo tiempo que se hacen más dificultosas las observaciones, peor y con más negligencia se ejecutan, y ésta es otra razón del poco fruto de nuestras investigaciones en la historia del género humano. La instrucción que se saca de los viajes se refiere a la causa que los hace emprender: si ésta es un sistema de filosofía, el viajero ve únicamente lo que quiere ver; si es el interés, absorbe éste toda la atención de los que a él se entregan. El comercio y las artes, que mezclan y confunden los pueblos, también les impiden estudiarse. Cuando saben el beneficio que pueden hacer uno con otro, ¿qué más tienen que saber?

Útil es para el hombre conocer todos los países

habitables, para escoger luego aquéllos en que se puede vivir con más comodidad. Si se bastara cada uno a sí propio, no le importara conocer más que la extensión del país que le puede mantener: el salvaje, que a nadie necesita y nada desea, ni conoce ni procura conocer otro país que el suyo. Si se ve forzado a salir de él para subsistir, huye los parajes que habitan los hombres; sólo a los brutos hace la guerra, y sólo de ellos tiene necesidad para su alimento. Pero nosotros, para quienes es precisa la vida civil, y que no podemos vivir sin comer hombres, el interés de cada uno de nosotros es frecuentar los países donde más hombres hay que devorar. Por eso hay tanta afluencia en Roma, en París, en Londres. Siempre en las capitales se vende más barata la sangre humana. De suerte que sólo conocemos las ciudades populosas, y éstas se asemejan todas.

Tenemos, dicen, sabios que viajan para instruirse; es error: los sabios viajan por interés, como los demás. Ya no se hallan Platones ni Pitágoras, o, si los hay, es muy lejos de nosotros. Nuestros sabios sólo viajan por orden de la corte: los despachan, los mantienen, los pagan para ver tal objeto, el cual no es ciertamente un objeto moral. A este objeto único le deben todo su tiempo, y son muy hombres de bien para robar el dinero. Si en un país cualquiera viajan curiosos a su costa, nunca es por estudiar a los hombres, sino por instruirlos, y no necesitan de ciencia, sino de ostentación. ¿Cómo han de aprender en sus viajes a sacudir el yugo de la opinión, cuando tan sólo por ella los hacen?

Mucha diferencia hay de viajar por ver países o por ver pueblos. Lo primero es siempre el objeto de los curiosos, lo segundo sólo es para ellos un accesorio. El que quiere filosofar debe hacer todo lo contrario.

El niño observa las cosas ínterin no puede observar a los hombres; el hombre debe empezar observando a sus semejantes, y luego, si tiene tiempo, observa las cosas.

Por consiguiente, no se puede inferir que son inútiles los viajes cuando viajamos mal. Pero reconocida la utilidad de los viajes, ¿se deduce de ella que convengan a todo el mundo? Lejos de eso; convienen, por el contrario, a poquitas personas; solamente convienen a hombres tan dueños de sí mismos que escuchen las lecciones del error sin dejarse seducir, y contemplen el ejemplo del vicio sin dejarse arrastrar por él. Los viajes empujan la índole hacia su declive, y acaban de hacer bueno o malo al hombre. El que viene de correr el mundo, es ya lo que ha de ser toda su vida: más vuelven malos que buenos, porque de los que emprenden viajes más hay inclinados a lo malo que a lo bueno. Los jóvenes mal educados y mal conducidos, contraen en sus viajes todos los vicios de los pueblos que frecuentan, pero ni una sola de las virtudes que van mezcladas con estos vicios; pero los de buena índole, aquéllos en quienes se ha cultivado su buen natural y que viajan con la verdadera intención de instruirse, todos vuelven mejores y más cuerdos que se han ido. Así viajará mi Emilio: así había viajado aquel joven digno de mejor siglo, cuyo mérito asombró a la Europa atónita, que en la flor de sus años murió por su país; pero que merecía vivir, y cuya tumba, adornada tan sólo con sus virtudes, esperaba para ser honrada a que una mano extranjera esparciese flores sobre ella.

Todo cuanto se hace por razón debe tener sus reglas. Los viajes, mirados como parte de la educación, también deben tener las suyas. Viajar por viajar es andar errante, ser vagabundo; viajar por instruirse

todavía es un objeto muy vago: la instrucción que no tiene objeto determinado, es nula. Quisiera yo excitar en el joven un interés palpable de instruirse, y, bien escogido este interés, también fijaría la naturaleza de la instrucción. Esta es siempre la consecuencia del método que he procurado practicar.

Así, pues, luego de haberse considerado por sus relaciones físicas con los demás seres, y por sus relaciones morales con los demás hombres, le falta considerarse por sus relaciones civiles con sus conciudadanos. Para esto es preciso que estudie primero la naturaleza del gobierno en general, sus diversas formas y, finalmente, el gobierno particular en que cada uno ha nacido, para saber si le conviene vivir en él; porque, en virtud de un derecho que nada puede abrogar, todo hombre, así que es mayor de edad y dueño de sí propio, también adquiere la facultad de renunciar del contrato por el cual está ligado con la comunidad, dejando el país en que se halla establecida. Sólo por la mansión que en él hace después de la edad de razón, se presume que tácitamente confirma el compromiso contraído por sus antepasados. Adquiere el derecho de renunciar a su patria, como renuncia de la sucesión de su padre, y todavía, siendo el sitio de nuestro nacimiento una dádiva de la Naturaleza, cede de lo suyo quien a él renuncia. En riguroso derecho, cada hombre permanece libre por su cuenta y riesgo en cualquier país que nazca, a menos que espontáneamente se sujete a las leyes para adquirir el derecho de que éstas le amparen.

En consecuencia yo le diría, por ejemplo: «Hasta aquí habéis vivido bajo mi dirección, porque no erais capaz de gobernaros vos mismo. Pero llegáis a la edad en que, permitiéndoos las leyes disponer de vuestro caudal, os dejan árbitro de vuestra persona. Os vais a

encontrar solo en la sociedad, dependiente de todo, hasta de vuestro patrimonio. Tenéis ánimo de estableceros: idea loable, pues es una de las obligaciones del hombre; pero antes de casaros es necesario sepáis qué queréis ser, en qué queréis emplear la vida, qué medidas vais a tomar para asegurar el pan a vos y a vuestra familia; pues, aunque no se haya de mirar este asunto como el principal de la vida, menester es pensar en él una vez. ¿Queréis engolfaros en la dependencia de los hombres que despreciáis? ¿Queréis cimentar vuestro caudal y fijar vuestro estado en relaciones civiles que os pongan a discreción ajena y os fuercen, por libraros de pícaros, a serlo vos mismo?»

Después de todo esto le describiré todos los medios posibles de que le rinda beneficios su patrimonio, ya sea en el comercio, ya en los cargos o rentas públicas, y le haré ver que ni uno hay que no tenga riesgos; que no le precise a arreglar sus costumbres, su opinión y su conducta, por el ejemplo y las preocupaciones ajenas.

«Otro medio hay, le diré, de emplear su persona y su tiempo, que es servir en el ejército, esto es, arrendarse muy barato para ir a matar gentes que ningún mal nos han hecho. Este oficio es muy estimado entre los hombres, y hacen extraordinario aprecio de los que sólo sirven para él. En cuanto a lo demás, lejos de dispensaros de los otros recursos, os los hace más necesarios, porque es parte constitutiva del honor de este estado dejar pobres a los que se consagran a él. Verdad es que no a todos empobrece, y que poco a poco se va introduciendo la moda de enriquecerse en él como en los otros, pero dudo que explicándoos cómo hacen los que esto logran, os entre gana de imitarlos.

»También sabréis que en esta misma profesión ya

no se trata de valor ni esfuerzo, como no sea quizá con las mujeres; por el contrario, el más rastrero, el más adulator, el más servil, es siempre el más honrado, y, si pensáis en cumplir estrictamente con vuestra obligación, seréis despreciado, aborrecido, tal vez expulsado de vuestro cuerpo, o a lo menos os aburrirán haciendo que todos vuestros camaradas salten por encima y os posterguen por haber desempeñado vuestro servicio en la trinchera, mientras ellos hacían el suyo en el tocador de las damas».

Bien se comprende que todos estos diversos empleos no serán del gusto de Emilio. «¿Pues qué, me dirá, se me han olvidado los juegos de mi niñez? ¿He perdido mis brazos? ¿Están exhaustas mis fuerzas? ¿No sé ya trabajar? ¿Qué me importan todos esos soberbios empleos y todas las necias opiniones de los hombres? No conozco otra gloria que la de ser justo y benéfico, ni otra felicidad que la de vivir independiente con lo que uno quiere, adquiriendo todos los días ganas de comer y salud con su trabajo. Toda esa barahunda de que me habláis me mueve poco. No quiero más bienes que un reducido cortijo en un rincón del mundo. Limitaré toda mi avaricia a cultivarle, y viviré sin inquietudes. Sofía y mi campo, y seré rico».

«Sí, amigo mío, para la dicha del sabio basta con una mujer y un campo que sean suyos; pero estos tesoros, aunque tan modestos, no son tan comunes como pensáis. El más raro le habéis hallado: hablemos del otro.

»¡Un campo que sea vuestro, amado Emilio! ¿Y en qué país le escogeréis? ¿En qué rincón de la tierra podréis decir: Aquí soy señor de mí mismo y del terreno que me pertenece? Sabemos en qué parajes es fácil enriquecerse, pero ¿quién sabe dónde puede vivir li-

bre sin ser rico, dónde con independencia y libertad, no tendrá necesidad de hacer daño a nadie, ni temor de que se le hagan? ¿Creéis tan fácil encontrar un país donde siempre pueda uno ser hombre de bien? Si algún medio legítimo y seguro hay de vivir sin intrigas, sin negocios ni dependencia, confieso que es vivir con el trabajo de sus manos, cultivando su propia tierra, pero, ¿cuál es el estado en que puede uno decir: La tierra que piso es mía? Antes de escoger esta dichosa tierra, cercioraos de hallar en ella la paz que buscáis; mirad no sea que un gobierno violento, una religión perseguidora o costumbres perversas, vengan a perturbaros. Poneos al abrigo de los impuestos sin tasa, que devorarán el fruto de vuestros afanes; de pleitos sin fin, que consumirán vuestro capital. Haced de manera que, viviendo con rectitud, no tengáis que obsequiar a los intendentes, a los jueces, a los clérigos, a los vecinos poderosos, a todo género de bribones, siempre dispuestos a atormentaros si no los tenéis contentos. Poneos sobre todo al abrigo de las vejaciones de los grandes y los ricos; pensad que en todas partes pueden confinar sus tierras con la viña de Nabot (73). Si quiere vuestra desdicha que un hombre de valimiento compre o levante una casa cerca de vuestra choza, ¿quién os ha dicho que no encontrará medio, con cualquier pretexto, de invadir vuestra heredad para redondear la suya, o que veréis el día menos pensado convertida vuestra posesión en un ancho camino real? Y si tenéis crédito para obviar todos estos inconvenientes, lo mismo podréis conservar vuestras riquezas, porque no os será más costoso guardarlas. La riqueza y el crédito se fortifican recíprocamente, y siempre se sostienen mal una sin otro.

(73) *Reyes*, III, cap. XXI.

«Tengo más experiencia que vos, querido Emilio, y veo mejor lo difícil de vuestro proyecto. Sin embargo, es bello, honroso, y efectivamente os haría feliz: esforcémonos para ponerle en ejecución. Una proposición tengo que haceros: consagremos los dos años que hemos señalado para la época de vuestro regreso, a buscar un asilo en Europa, donde podáis vivir dichoso con vuestra familia, al abrigo de todos los riesgos que acabo de exponeros. Si lo conseguimos, habréis alcanzado la verdadera felicidad por la cual tantos se afanan en vano, y no sentiréis el tiempo empleado en esta pesquisa. Si no lo logramos, sanaréis de una idea fantástica, os consolaréis de una desdicha inevitable y os sujetaréis a la ley de la necesidad».

No sé si conocerán todos mis lectores adónde nos va a conducir esta investigación así propuesta, pero sé que si a la vuelta de sus viajes empezados y seguidos con esta idea, no vuelve Emilio versado en todas las materias de gobierno, moral pública y máximas de estado de toda especie, preciso es que seamos muy cortos, él de inteligencia y yo de discernimiento.

Aun está por nacer el derecho político, y es presumible que nunca nazca. Grocio, el maestro de todos nuestros sabios en esta parte, es un niño, y, lo que es peor, un niño de mala fe. Cuando oigo que encumbran a las estrellas a Grocio, y cubren a Hobes de execración, veo cuántas gentes de juicio leen o comprenden estos dos autores. La verdad es que son exactamente semejantes, y sólo se diferencian en las expresiones y en el método. Hobes se funda en sofismas, y Grocio en poetas: en todo lo demás son idénticos.

El único escritor moderno capaz de crear esta inútil y vasta ciencia hubiera sido el ilustre Montesquieu, pero se guardó muy bien de tratar de los principios del derecho político, limitándose a tratar del derecho

positivo de los gobiernos establecidos, y en el mundo no hay cosas más distintas que estos dos estudios.

Sin embargo, quien desea formar juicio exacto de los gobiernos, tal como son, está obligado a reunirlos ambos; es preciso saber lo que debe haber para juzgar con acierto de lo que hay. La dificultad más grave para aclarar estas importantes materias, es interesar a un particular en que las ventile, y responder a estas dos preguntas: ¿Qué me importa? y ¿Qué tengo yo que ver con eso? A nuestro Emilio le hemos puesto en el caso de responder a una y otra.

La segunda dificultad proviene de las preocupaciones de la niñez, de las máximas en que nos han imbuído, y especialmente de la parcialidad de los autores, que siempre hablan de la verdad en que no piensan y sólo atienden a su interés, del cual no hablan. Ahora bien, el pueblo no da cátedras, ni pensiones, ni empleos académicos: contémplese cómo debe esta gente establecer sus derechos. He hecho de modo que tampoco esta dificultad existiese para Emilio. Apenas sabe qué cosa es gobierno; encontrar el mejor, es lo único que le importa; no es su objeto componer libros, y, si alguna vez los compone, no será para adular a los poderosos, sino para defender los derechos de la Humanidad.

Nos queda la tercera dificultad, más especiosa que sólida, y que no quiero resolver ni proponer, basta con que no asuste mi celo, cierto que en este género de investigaciones menos se necesita un gran talento que un sincero amor a la justicia y un verdadero respeto a la verdad. Por tanto, si en algún caso se pueden tratar desapasionadamente las materias de gobierno es, a mi entender, en el que nos hallamos y si no nunca.

Antes de observar, es preciso adquirir reglas para